

# BAJO LA MISMA LLUVIA

## Nuestra relación con los perros

*Mónica Pradas*

### *A mi Schumi*

Leemos en el Libro del “Génesis” que tras el diluvio universal habló Dios a Noé diciendo: “Sal del arca tú y tu mujer y tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. Todos los animales que están contigo, de toda carne, de aves y de bestias y de todo reptil que andan arrastrándose sobre la tierra, sacarás contigo. Y vayan por la tierra y fructifiquen y multipliquen sobre la tierra. Entonces salió Noé y sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos con él. Todos los animales y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra, según sus especies, salieron del arca”.

En el Canto XVII de “La Odisea”, Homero narra la escena en la que Ulises, después de veinte años de ausencia de su patria, es reconocido por Argos: “Allí yacía el perro Argos, roído de miseria. Y en el acto reconoció a Ulises, que se acercaba, y movió la cola y enderezó las orejas; pero no pudo llegar hasta su amo, el cual, reconociéndole, se enjugó una lágrima...”

El episodio bíblico del diluvio universal es un canto a la preservación de la vida de seres cuya existencia, cuya fragilidad, acontece junto a la nuestra, bajo la misma lluvia.

La escena homérica es una emocionante mención al amor entre un hombre y un perro. No es mi objetivo el abordar aquí un tema tan fasci-

nante como el de la presencia de los animales en la literatura universal.

Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis, sostenía que “ los perros no tienen la personalidad dividida, la maldad del hombre civilizado, ni la venganza del hombre contra la sociedad por las restricciones que ella impone”.

Son muchos los estudios que avalan que los perros son los mejores terapeutas y muchas son las personas que se benefician de ello. Algunas de las ayudas que recibimos de ellos son:

- Mejoran el estado de ánimo.
- Potencian la atención (se utilizan para niños con TDAH, Trastorno de Déficit de Atención e Hiperactividad).
- Son un antídoto para la depresión y la monotonía.
- Evitan la soledad.
- Disminuyen la ansiedad y el estrés.
- Fomentan el contacto social y físico.
- Sirven como incentivo y motivación.
- Son agradables para el paciente.

Además de todo esto, sabemos muy bien que hay miles de perros que colaboran con los equipos de rescate en

terremotos, avalanchas, derrumbes, desapariciones y, literalmente, nos salvan la vida exponiendo la suya en situaciones extremas tales como operaciones con explosivos, entre otras. Y lo más increíble es que no necesitan conocernos. Son incondicionalmente solidarios y nos dan lecciones de comportamiento.

Citaré un caso, el de Bolto, por poner solo un ejemplo de las innumerables hazañas en las que ellos son protagonistas. Su repercusión mediática fue tal que se erigió una estatua en el Central Park de Nueva York dedicada exclusivamente a este héroe de cuatro patas que salvó la vida de muchos niños de Nome. “Dedicado al espíritu indómito de estos perros polares que llevaron en relevos la antitoxina a lo largo de casi mil kilómetros de ásperos hielos, aguas traicioneras, de nieves árticas en Nenana, para llevar alivio al desolado pueblo de Nome durante el invierno de 1925”, dice la dedicatoria. Bolto, de raza Husky, considerado lento y no apto, fue el encargado de liderar el último relevo de un recorrido infernal – casi 500 km, 127 horas y temperaturas por debajo de 45° bajo cero – y logró guiar al convoy médico a Nome.

Somos unos afortunados por tenerlos entre nosotros. Nuestras mascotas nos enseñan importantes lecciones de vida. Nos proporcionan un amor incondicional y no entienden nada que no esté relacionado con los sentimientos. De ahí que, por su indudable fidelidad, respeto, nobleza y amor hacia los humanos, nos refiramos a ellos como “el mejor amigo del hombre”.

Existen muchos ejemplos de su absoluta lealtad, historias tan conmovedoras como la de Hatchiko, llevada al cine, que el 9 de Marzo de 1935 fue encontrado muerto frente a la estación de Shibuya, Japón, tras esperar infructuosamente a su amo durante más de 10 años.

Así de maravillosos son ellos. Si nos detenemos a contemplar su mirada tierna y su actitud amorosa, descubrimos que, tras cada caricia nuestra, su corazón revolotea dentro del nuestro. Nos colman de alegrías, de motivos incesantes para querer-

los intensamente. Cuando pensamos en ellos es inevitable hacerlo sonrientes y agradecidos.

Quienes compartimos la vida con ellos sabemos de sus habilidades y de su capacidad para expresar la adoración que sienten por nosotros.

Quiero finalizar mi reflexión sobre estos “ángeles peluditos” afirmando que es esencial que las personas que decidan tener una mascota en su hogar, sean absolutamente conscientes de que adquieren un compromiso de vida con ellos. La llegada del animal a la familia debe ser un acto madurado y muy meditado por todos sus miembros, un acto de responsabilidad. Nunca, bajo ninguna circunstancia, el maltrato o el abandono pueden ser una opción para nadie. Si realmente sur-

*Schumi*



ge una causa absolutamente justificada para decidir su exclusión del hogar, existen soluciones como la adopción a través de algún particular o contactar con una organización protectora de animales para que les busquen un hogar. Abandonarlos a su suerte es una auténtica crueldad. Ellos nunca lo harían, de hecho dan y darían la vida por ti.

Por desgracia, tristemente, los abandonos aumentan, especialmente en verano o después de Navidad.

Ellos son seres vivos que sienten, son capaces de entregarte su amor sin condiciones, de sacarte sonrisas, de provocar tu bienestar. No son juguetes desechables.

Por el amor incondicional y sanador que nos aportan, por la alegría que nos regalan, por su empatía con nosotros cuando estamos tristes, dándonos todo su cariño, y por tantas y tantas cosas que los representan y nos ofrecen, debemos caminar unidos, patas con manos, bajo la misma lluvia.

